

PHILIPPE HAYAT

Momo y Marie

Traducción del francés
de Antonio-Prometeo Moya



Duomo ediciones

Barcelona, 2015

Título original: *Momo des Halles*

© 2014 por Allary Editions

© 2015, de esta edición: Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

© 2015, de la traducción: Antonio-Prometeo Moya

Publicado por el acuerdo con 2 Seas Literary Agency and Salmaia Lit

Todos los derechos reservados

Primera edición: junio de 2015

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

Av. del Príncipe d'Astúries, 20. 3º B. Barcelona, 08012 (España)

www.duomoediciones.com

Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-1594-566-6

CÓDIGO IBIC: FA

DL B 2297-2015

Composición:

Sergi Gòdia

Impresión:

Grafica Veneta S.p.A. di Trebaseleghe (PD)

Impreso en Italia

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

A Paul
A Dora
A Rubén

Índice

<i>La huida</i> , 26 de agosto de 1941	11
<i>Las personas como nosotros</i> , 27 de agosto de 1941	22
<i>Bulle</i> , 28 de agosto de 1941	32
<i>La periferia del mercado de abastos</i> , septiembre de 1941	41
<i>Rodaballos, rayas, rapes y bacalaos frescos</i> , otoño de 1941	52
<i>La sonrisa de mi padre</i> , diciembre de 1941	62
<i>La flor de Vitebsk</i> , Año Nuevo de 1942	81
<i>Las novelas de mi madre</i> , enero de 1942	88
<i>Segundo piso, ventana sexta</i> , 14 de febrero de 1942	95
<i>Oro en los puestos del mercado</i> , primavera de 1942	101
<i>Los chicos de la banda</i> , verano de 1942	111
<i>Los Aubervilliers</i> , octubre de 1942	123
<i>La reina de Les Halles</i> , 15 de noviembre de 1942	133
<i>Los hortelanos del Señor</i> , 16 de noviembre de 1942	146
<i>Maestro rellenador</i> , 17 de noviembre de 1942	151
<i>El domingo de los demás</i> , diciembre de 1942	155
<i>Restaurante a domicilio</i> , invierno de 1943	161
<i>La justicia de los negocios</i> , marzo de 1943	174
<i>A su lado</i> , principios de abril de 1943	189

<i>La mano del diablo</i> , 21 de abril de 1943	195
<i>Nuestra elegancia</i> , mayo de 1943	200
<i>Moneda de cambio</i> , 4 de junio de 1943	207
«¡Milicia francesa!», julio de 1943	213
<i>El campo de Drancy</i> , julio-agosto de 1943	219
<i>Yom Kipur</i> , septiembre de 1943	231
<i>El canto de Mielisch</i> , octubre de 1943	240
<i>Peladuras</i> , noviembre de 1943	252
<i>El informe Mordechai</i> , diciembre de 1943	258
<i>Generaciones de Hankele</i> , enero de 1944	268
<i>La primavera de Loulek</i> , principios de febrero de 1944	280
<i>Los autobuses</i> , 17 de febrero de 1944	286
<i>La cueva</i> , febrero-agosto de 1944	294
<i>El mundo de los vivos</i> , 25 de agosto de 1944	315
<i>Golfas de los boches</i> , 26 de agosto de 1944	318
<i>El velatorio</i> , 27 de agosto de 1944	322
<i>Negociado IV B</i> , 28 de agosto de 1944	325
<i>Volver al mar</i> , septiembre de 1944	332
<i>Los violines de Bach</i> , otoño de 1944	336
<i>La sirena del «Oregon»</i> , 17 de diciembre de 1944	339

La huida

26 de agosto de 1941

Aún era de noche. Marie y yo habíamos abandonado nuestro piso con dos o tres cosas en un saco, como ladrones, dejando todo lo demás en un orden perfecto, como si fuéramos a volver de un momento a otro. Hacía varios días que habíamos cerrado los postigos. Recorrí las habitaciones por última vez, el dormitorio de nuestros padres, el nuestro, la cocina, la salita... Marie no dejaba de llorar. «No lo compliques», le repetía. Tuve que ponerme serio para llevármela de allí... Apagué la luz de la entrada, la única que teníamos derecho a utilizar, y cerré la puerta.

No había lujos en nuestra casa, nada que robar. Me acordé de coger la pequeña caja de galletas que había en el poyo, al lado de la fresquera. Contenía el dinero del mes, el que reservábamos para las compras. Mi madre había puesto una pizarra al lado de la caja y en ella había trazado dos columnas. En la primera escribía los gastos. En la otra anotaba el presupuesto total del mes, acordado con mi padre. Cada vez que adquiría algo escribía el precio a la izquierda y la cantidad que quedaba a la derecha. Todas las noches abría la caja de galletas para comprobar que la pizarra no mentía. Las operaciones se habían detenido el 19 de agosto: ciento cuarenta y tres francos, y esto fue todo lo que me llevé cuando nos entró el pánico. Esto y el traje, que era lo que más apreciaba, la chaqueta y el pantalón hechos a medida, de algodón color tabaco. Lo había estrenado hacía dos meses, la noche que papá nos había llevado a casa Fernand, la taberna de la

Place des Cerisiers, para celebrar el final de mis estudios. El traje y la caja de galletas... Lo demás no valía un pimiento, vamos, eso creo.

El señor Surreau se había presentado en casa en plena noche.
–Vuestros padres tardarán en volver, hay que irse. Ahora.

Era el director de mi padre, el presidente de la empresa que llevaba su nombre. Nos pusimos en movimiento sin decir palabra. Sólo se oían los sollozos de Marie. Abandonamos nuestro descansillo, nuestra escalera, nuestro pequeño zaguán, la Rue des Érables, todo lo que nos era familiar. ¿Durante cuánto tiempo? No lo sabíamos. Cuando se aproximaba un vehículo, el señor Surreau nos metía en el hueco de una puerta cochera, nos aplastaba contra los gruesos tiradores y permanecíamos atentos al ruido de los motores y a la trayectoria de los faros, con el dolor clavado en las costillas. Surreau se quedaba inmóvil como un animal acosado, los ojos desorbitados detrás de los cristales de las gafas. Sentía su aliento entrecortado en mi nuca. Lo odié en el acto. Cuando pasaba el peligro había que correr para recuperar el tiempo perdido.

Surreau, que iba en vanguardia, aceleraba el paso con un con-toneo curioso. Debía de pesar cien kilos...

–¡Vamos, niños, daos prisa, vamos!

A veces tiraba del vestido de Marie y la hacía tropezar. Llevaba en la mano un pañuelo con el que se secaba el cráneo y el cuello. Dejamos atrás la plazoleta Jules-Ferry, la avenida de la République, por la que se iba a la escuela, la glorieta donde merendábamos... Rebasábamos las casas de los compañeros que no tenían nada que temer, abandonábamos todos los caminos de la infancia. Aquella madrugada, mientras corríamos detrás del dichoso Surreau, se volatizaron catorce años de despreocupación con los primeros destellos del alba.

Salimos de Fontenay-aux-Roses y cruzamos Montrouge. Según Surreau, había que evitar las grandes arterias, pues comenzaba el

tráfico hacia la capital. Entramos en París por la puerta de Châtillon, después rodeamos Denfert-Rochereau y subimos hasta el Sena. Con la camisa empapada de sudor, mi traje empezaba a acartonarse. Nos adentramos en la Rue de la Tombe-Issoire, luego en la de Alésia. Memorizaba aquellos nombres, Denfert, Tombe-Issoire, Alésia, sin faltas de ortografía, para guiar a mi padre el día que fuese a buscarnos.

Marie se quejaba a causa de la hebilla metálica de sus sandalias, que le cortaba la carne. Surreau le indicó que siguiera descalza.

—¿Quieres callarte de una vez, tontita? Nos vas a traer una desgracia...

Rue de la Glacière, Rue du Champ-de-l'Alouette... Surreau mascullaba sin cesar, su nerviosismo aumentaba con la claridad del día. Se había desabrochado el cuello de la camisa por debajo de la corbata. En la espalda de su chaqueta, incluso en su sombrero, aparecieron redondeles de sudor.

—Ya casi hemos llegado... No tenemos tiempo de sentarnos en un banco.

Mi padre era su contable. Nos hablaba a menudo de Surreau, pero nunca había imaginado que tuviera que llevar las cuentas de aquel muñeco deforme que se desarticulaba ante nuestros ojos con cada paso que daba.

En la Rue Pascal vimos un carro tirado por un caballo achaparrado que entregaba grandes recipientes de leche. Surreau se detuvo delante de la lechería. Consultó su reloj y nos miró de hito en hito. Chascó los dedos para pedirme las cartillas de racionamiento. En la de Marie ponía J1, en la mía J3, lo cual bastaba para conseguir un vaso de leche. Surreau introdujo un billete en el bolsillo del tendero, compró unos paquetes de galletas y chocolate, y luego se bebió la leche directamente de la botella antes de que nos la sirvieran a nosotros. El lechero se inclinó hacia Marie.

—No son horas para estar fuera del nido, pajaritos, ¿adónde vais tan temprano?

Miramos a Surreau, que miró a su vez al comerciante y nadie volvió a abrir la boca. Acabada la botella, reanudamos la marcha por la Rue du Fer-à-Moulin. Habíamos cruzado el Sena a la altura del Jardín Botánico, para evitar el Barrio Latino, la Île de la Cité y la Île Saint-Louis.

–Es por los nazis, niños. Allí están por todas partes...

Habíamos doblado hacia Les Halles por la Rue des Francs-Bourgeois.

Al llegar al cruce de la Cossonerie y Saint-Denis, Surreau se detuvo delante de una finca de seis pisos que no tenía más que dos ventanas por vivienda. En cada planta asomaba un pequeño balcón. Surreau echó una rápida ojeada a su alrededor y nos empujó hacia la puerta. Apenas tuve tiempo de divisar, al final de la Rue de la Cossonerie, la abierta boca de una galería enorme, alta como un castillo, que engullía camiones y carretones con un ruido infernal. Con sus vigas de metal, me hizo pensar en la torre Eiffel, a la que subimos con mi padre el día que cumplí trece años. Una vez dentro del edificio, Surreau cerró la puerta empujándola con todo su peso. Una vieja puerta de madera, pesada como la desdicha. Quedó apoyado en ella, sudando a mares.

–Dios mío, Dios mío, qué carrera, niños...

Yo tenía ganas de llorar, y muy en serio... Arrojarme en brazos de Marie y anegarme en llanto con ella, pero Surreau se lo habría tomado a mal. Al ver que se subía las mangas me dije que seguramente no había querido a nadie en su vida.

Con un último esfuerzo, subimos los seis pisos del edificio. Ya en la última planta, Surreau abrió una pequeña puerta del final del pasillo. Entramos en una especie de cuchitril que medía tres pasos por cuatro, con el techo tan inclinado que apenas podíamos estar de pie. El cielo estaba al alcance de la mano, al otro lado de un tragaluz colocado entre dos vigas. Había un mugriento colchón erguido, apoyado en la pared y sujetado por una mesa y dos sillas de camping, las tres metálicas y plegables. En el rincón que quedaba enfrente de la puerta había un hornillo de gas,

debajo de un pequeño fregadero en el que vi dos platos, un vaso y una cuchara. Lavabos en el pasillo... Habíamos corrido para terminar en aquella ratonera.

Surreau asomó la cabeza para observar el pasillo y escuchó el silencio. Volvió a cerrar por precaución. La pobre Marie se había sentado en el suelo con las piernas pegadas a las baldosas y las rodillas dobladas. Surreau abrió la mesa, cogió una silla y me ofreció la otra. Sus pequeños dedos, regordetes y velludos, recorrieron la hojalata. Aunque era patrón, sus manos seguían siendo las de un obrero, con las uñas negras de grasa. Sus ojos parecían enormes tras las gafas.

—Así que tú eres Maurice... Y tú Marie, ¿no es eso?

Se pellizcó la barbilla mientras esbozaba una sonrisa y me ajustó el cuello de la chaqueta dándome una palmada en la espalda. Alargó el brazo para llenar un vaso en el grifo y observó el agua amarillenta antes de derramarla en la pila. Aspiró por la nariz ruidosamente y se rascó el cuello, produciéndose temblores en las mejillas.

—Niños, yo... bueno, veréis, aunque me gustaría teneros conmigo, tengo mucho miedo de que... cómo decirlo... Estos días he hablado mucho de este asunto con mi señora y... la verdad... ella, en fin, nosotros... pensamos que no es posible. Tenemos ya tres hijos, ¿lo entendéis? No sería razonable y...

—Lo comprendo, señor Director. Nos arreglaremos...

Miraba fijamente el vaso que hacía girar entre las manos.

—No, no... Yo... Habría podido hacerlo mejor... Pero no he podido... El orfanato... Mi señora y yo hemos hablado con docenas desde ayer mismo... En toda Francia. Están completamente llenos. O se imponen límites por falta de medios. La gente es menos generosa. Por la guerra, naturalmente... Y además, desconfían... Desde la redada del pasado mayo les llevan niños de todas partes... Madres totalmente enloquecidas... Al parecer, dejan a sus chavales delante de la puerta y salen corriendo como ladronas...

Israelitas, como vosotros. Irresponsables, claro, sin duda. No es bueno, no es bueno en absoluto todo este pánico... Y yo no tengo los contactos que se necesitan...

Surreau se quitó las gafas para frotarse los ojos. Sacó del bolsillo un sobre húmedo, doblado por la mitad.

–Bien, veréis, para que podáis quedaros aquí el tiempo que haga falta, he llegado a un acuerdo con el propietario de la finca... Le he dicho que sois de mi familia... Creedme, niños, que me preste a esto supone para mí un gran sacrificio... Un gran sacrificio, de verdad... Tendré que descontarlo de la paga de vuestro padre... Cuidad bien la ropa que lleváis porque pasará mucho tiempo antes de que tengáis otra...

Acarició el sobre con la palma.

–Creo que tenéis una tía, prima de vuestra madre... Según vuestro padre, vive en Canadá. No tenéis más familia...

Alzó los ojos para mirarme.

–Volverán pronto, Maurice. Uno de estos días... No deben de estar muy lejos, seguramente en las afueras, por lo que dicen... Es por culpa de los boches, pequeño, no les gustan los judíos... Por eso los detuvieron. Acordaron todo el barrio, en el distrito XI, se llevaron a millares, como en mayo... Y no solamente a los extranjeros, esta vez se llevaron también a franceses, bueno, es lo que se dice... Fueron nuestros gendarmes... Nuestros gendarmes, Maurice, ¿te das cuenta? Por culpa de Darlan, él lo maquinó todo, está de parte de los boches... Algún día lo pagará. Hay que tener confianza en el mariscal, Maurice, es el único... Él sabe adónde nos lleva, seguro que se propone alguna cosa, ya lo verás...

Probó a correr el pestillo del tragaluz que tenía encima de él, pero al final desistió con un suspiro de impaciencia. Volvió a secarse la frente y el cuello, yo me sentía responsable de todo, incluso del calor. Siguió hablando.

–Yo, bueno... os dejo mil francos en este sobre.

Se inclinó hacia mí.

—Es conveniente que los lleves siempre encima, Maurice, ¿entiendes? Es vuestro único capital. ¿Entiendes lo que te digo? Tu pobre padre no tenía nada en el banco, ningún ahorro... Todo lo que ganaba en mi empresa era para vosotros, para ti y tu hermana... Lo más duro era septiembre... Todos los años me pedía anticipos para pagar la ropa del nuevo curso... El material escolar... Dinero, nunca. Me decía: «Señor Director, es para el colegio, todo para el colegio... Mi pequeño Maurice llegará más lejos que su padre, realizará grandes estudios». Me lo devolvía en octubre o noviembre. «A mis pequeños no les faltará nunca un libro», decía... Y luego las vacaciones en la costa... Deben tomar el aire en abundancia, estar al aire libre...». Todos los años lo mismo, el mar en verano. Ese maldito Blum, con sus vacaciones pagadas. También él nos la ha jugado, con su pandilla de comunistas. Sin ellos no habríamos llegado a esto, también habrá que ajustarles las cuentas a ellos... Luego, cuando tu padre volvía de las vacaciones, estaba completamente pelado, sin un céntimo para el comienzo del curso... Anticipos... Anticipos para cubrir los gastos de las vacaciones... Y a mí, ¿quién me daba a mí los anticipos? ¿Eh? ¿Se necesitaba dinero? Ningún problema, se lo pediremos al señor Director, a ese primo de Surreau...

Calló durante un momento. Luego, con un tono más apacible, dijo:

—Yo aceptaba porque vuestro padre era honrado. Todos los años me lo devolvía. Era como un milagro, pero siempre ocurría. Un mozo decente, nunca se metía en líos. De confianza. Pero ¿por qué hablo en pasado, tonto de mí? Seguro que vuelve pronto.

Me asió del brazo.

—A ti te toca administrar este dinero con prudencia, muchacho, pero no olvides esto: gástalo sólo cuando se trate de algo realmente útil... Ahorra todo lo que puedas... Tu padre no sabía lo que era economizar, pero tú, tú sí sabrás, ¿verdad? Por lo general es algo que se sabe hacer en las casas de personas como vosotros, ¿no?

Surreau se puso de pie y plegó la mesa para llegar a la puerta.

—Otra cosa, Maurice... No es aconsejable que volváis al colegio en septiembre. Tendrás que buscar trabajo en seguida... ¿Lo entiendes? Lo entiendes, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Y tú, pequeña, ¿entiendes lo que digo?

Marie bajó los ojos. Con la mano en el tirador de la puerta, Surreau se volvió hacia mí.

—Ah, Maurice, algo muy importante... No digáis nunca que sois judíos, ¿entiendes? ¡Nunca! Me llevo vuestros documentos de identidad para quemarlos... Si os los piden, decid que los habéis perdido. E inventaos un apellido muy francés, *französisch*, ¿entiendes? El que queráis, pero que huela a Francia. Nada de apellidos extranjeros que nadie puede pronunciar y que sólo nos ocasionan problemas...

Prosiguió con una voz más baja, casi afectuosa. Yo recibía su aliento agrio en plena cara.

—Tú sabes, pequeño, que si por mí fuera, te llevaría conmigo, a mi empresa... Habrías sido un trabajador más, te habría enseñado un oficio, reparador de tejados, por ejemplo... Pero no puedo. ¿Has oído hablar de la Depresión? La famosa, la que empezó hace diez años, ya sabes, tu padre ha tenido que hablarte de ella. No está sólo en América y en Alemania, está también aquí, en Francia. Yo he tenido que despedir a cuatro obreros esta semana, porque la gente, ¿sabes?, con esta crisis que no termina nunca, y luego con la guerra, ya no tiene dinero para construir una casa o reformarla... ¿Lo entiendes? Hoy la construcción está de capa caída. No conseguimos salir adelante. No es como después de la Gran Guerra, cuando se construía a tutiplén... Pero el grifo se cerró hace diez años. Puercos americanos, no nos hicieron ningún regalo con su jugada. Bueno, pues con este dinero podrás arreglarte unas semanas. Luego tendrás que espabilar... Tienes... ¿cuántos años?

—Catorce.

—Encuentra un empleo, el que sea.

Se puso la chaqueta y el sombrero en el descansillo.

—Bien, niños, me voy ya. Ah, lo más importante... Casi lo olvidó.

Volvió a entrar en el cuchitril y se desabrochó el pantalón. Llevaba un sobre atado al muslo, por encima del calzoncillo. Me lo alargó, fue a decir algo pero se detuvo. Salió al pasillo para arreglarse la ropa. Marie corrió para cerrar la puerta detrás de él. Yo eché el cerrojo.

*

El sobre estaba delante de nosotros, apoyado en el pequeño hornillo que había debajo del lavabo. Había adquirido la curvatura del muslo y no llevaba ninguna inscripción. Marie dobló su vestido en el respaldo de una silla, yo colgué el traje en el tirador de la puerta. Después de muchos esfuerzos conseguí abrir el tragaluz unos centímetros. Una corriente de aire entró en la habitación. Marie ya no lloraba. Para entretenerla le recité los nombres de las calles que nos comunicaban en Fontenay-aux-Roses. Le había limpiado las heridas de los pies con un pañuelo mojado.

—Créeme, no estaremos aquí toda la vida, Marie.

—¿Cuándo vendrá papá?

—En cualquier momento. Tendrá que prepararse para el nuevo curso...

—Pero el señor Surreau dijo...

—Surreau no sabe nada de niños. Papá no permitirá jamás que dejemos la escuela.

Por toda la planta flotaba cierto olor a café. Estuvimos así un par de horas, hasta que nos sobresaltaron unos gritos. Nos miramos sin decir nada, sin atrevernos a respirar. La escalera pareció despertar, se abrieron y cerraron puertas, el suelo crujía.

Tendidos en el colchón cuyo borde se doblaba pegado al tabique, habíamos pasado todo aquel tiempo sudando, tomando nota de la frecuencia de los pasos y los portazos. Para no salir de

nuestro escondrijo estábamos dispuestos a toda clase de adaptaciones, comer lo que hubiera, orinar en el lavabo y más cosas. Aquel rellano del sexto era el vestíbulo de la estación Saint-Lazare. Hombres y mujeres llegaban, volvían a irse, reían, gritaban... Siempre las mismas voces, entre el cuchicheo y la carcajada, la cancioncilla y el taco.

Tres tabletas de chocolate y cinco paquetes de galletas... Con aquello podíamos aguantar unos días. Les dábamos unos bocados con la actitud de quien hace una comida, que yo llamaba almuerzo, merienda o cena. Levantábamos el colchón para abrir la mesa y las sillas de cámping. Marie se fue relajando poco a poco. A veces caía en un sueño continuamente turbado por los ruidos y las voces. Cada vez que despertaba me preguntaba:

—¿No abres el sobre?

—No hay prisa.

—¿Qué crees que dice la carta?

—No lo sé.

—¿Será de papá?

—No hay nada escrito en el dorso.

—¿Tienes miedo de abrirlo? Podríamos pedirselo a otra persona...

—¿Pedirle qué?

—Que la lea y luego nos diga...

Caía la noche. Como no podíamos encender la bombilla de la pared, dejé para el día siguiente la apertura del sobre. El trasiego del descansillo cesó poco a poco. Marie se había dormido. También yo empecé a relajarme. Los contornos de la realidad se disolvieron en una especie de duermevela. Yo prestaba atención a los ruidos de la escalera. Pasos... Tercer piso, cuarto, pasos pesados y otros más ligeros. Una mujer cuchicheó, una voz masculina respondió como cuando se alecciona a un niño. Llegaron a nuestro piso y se acercaron. El suelo crujía a unos centímetros de mi cabeza. Marie seguía dormida... Hubo unos segundos de silencio, luego unos arañazos en la puerta y a continuación golpes tími-

dos. La mujer sofocó la risa, el hombre callaba. El tirador gimió y comenzó a girar, lo suficiente para que el traje me cayera encima. Sentía en mi cara la parte inferior de la puerta bloqueada por el pestillo. Los desconocidos insistieron unos segundos más y luego entraron en la habitación contigua. El hombre hablaba con suavidad, ella con el acento de los arrabales, como aquellas cantantes de Montparnasse a las que mamá oía a veces por la radio.